FF 50 139

Hola, buenas noches y bienvenidos, tras estos días de vacaciones navideñas que esperamos hayan sido estupendos para todos, a Revista de Filosofía. Revista de Filosofía es un programa de la sección de filosofía de la UNED que coordinan Francisco Martínez y Antonio García Santes Mases y que todos los miércoles a esta misma hora intenta acercaros durante veinticinco minutos aproximadamente un poco más el mundo de la filosofía. Un espacio que dedicamos a comentar movimientos, líneas filosóficas, publicaciones y siempre que ello es posible a través de sus protagonistas.

El protagonista de nuestro programa de hoy no puede desgraciadamente acercarse a nuestros micrófonos, se trata de Ignacio Ellacuría, jesuita español, rector de la Universidad Centroamericana, recientemente asesinado en El Salvador. Para hablar de Ignacio Ellacuría tenemos hoy aquí a Antonio Santes Mases, profesor de filosofía política y coordinador de este programa, y a Carlos Gómez, profesor de ética, que van a comentar su visión de Ignacio Ellacuría a partir del contacto que los dos tuvieron con él, primero en los años sesenta y más recientemente en un seminario que tuvo lugar en La Rábida organizado por el Instituto de Filosofía acerca de las aplicaciones sociales y políticas de la teología de la liberación. Carlos Gómez y Antonio Santes Mases van a comentar las actitudes, las distintas actitudes ante los desafíos políticos que vive América Latina, tanto la que defiende un idealismo moral, abstracto, general y universal, alejado de la praxis, como la que propicia un mesianismo fundamentalista, sin mediaciones, que puede conducir al suicidio social.

De todo esto van a charlar a continuación Antonio García Santes Mases y Carlos Gómez, con Carlos os dejamos ya. Buenas noches, queríamos hoy dedicar este programa a conmemorar una figura notable del pensamiento y de la realidad política actual, como es la figura de Ignacio Ellacuría, que ya sabrán probablemente todos los oyentes, que murió no hace mucho tiempo, murió asesinado, y queríamos dedicarle, no solamente por las trágicas circunstancias en que tuvo lugar su muerte, sino por el valor notable de su obra intelectual, queríamos dedicarle dos programas a Antonio Santes Mases, que como sabrán es profesor de filosofía política de la casa, y yo mismo que soy profesor de ética. Quizá antes de pasar a debatir más en concreto sus posiciones políticas e intelectuales, conviniera hacer una cierta semblanza o por lo menos saber cuál ha sido la relación personal que nosotros hemos tenido con él.

¿Cómo conociste a Antonio, a Ignacio Ellacuría, y qué impresión fue la de él? Bueno, yo la primera vez que le escuché a Ignacio Ellacuría fue en el año, me parece que fue en el año 72, en un ciclo de conferencias que se dio en un colegio mayor en Madrid, me parece que en el colegio mayor Loyola, sobre filosofía y política, entonces en aquel momento se había buscado una serie de, éramos estudiantes de filosofía, y aparecieron allí algunos filósofos, en aquel momento relevantes, Carlos Díaz, Fernando Sabater, que estaban, me acuerdo, en las polémicas que había en Triunfo, entonces apareció Ignacio Ellacuría, que era un hombre menos conocido en aquel momento en aquellos medios, y que nos asombraba mucho cómo él quería

vincular la filosofía y la política partiendo de un pensamiento filosófico como el de Zubiri, porque yo recordaba en aquel momento, como dos o tres años antes, en un libro que fue muy famoso, que era el de conversaciones en Madrid de Salvador Pániker, le preguntaban a Tierno Albán sobre Zubiri, y entonces Tierno, con mucha ironía, decía, hoy va usted a ir a ver a Zubiri, y entonces decía Pániker, sí, sí, y entonces contestaba, después no le fue a ver, porque no aparece la entrevista en el libro, y dice, pues pregúntele usted cómo puede un filósofo hacer filosofía y no preocuparse de los problemas sociales y políticos, y contesta Pániker, se lo preguntaré, entonces un poco esa era la pregunta que nosotros hacíamos a Ellacuría, entonces nos asombró bastante cómo él conectaba un pensamiento filosófico, una lectura de Zubiri, donde existía mucho en los elementos procesuales, dinámicos, históricos, los elementos sustantivos esenciales de esa metafísica, y cómo eso lo conectaba con el pensamiento político. Entonces, a partir de ahí, pasaron años hasta que no volví a ver a Ignacio Ellacuría, ya le comencé a ver cuando ya vino la democracia, porque salía bastante en los programas de televisión, en La Clave, salió en varias ocasiones, en algún programa de Mercedes Milá, comenzaron sus artículos y sus trabajos, y ya la oportunidad que yo tuve de conocer y hablar con él fue justamente en un seminario que hizo el Instituto de Filosofía en la Rábida, hace dos años, sobre las implicaciones sociales y políticas de la Teología de la Liberación, que fue efectivamente una ocasión privilegiada, porque éramos muy pocos los que estábamos allí, unas 15 o 20 personas, y entonces, al estar tres días seguidos, me parece que duró aquello de lunes a jueves, pues hubo gran oportunidad para debatir muchos temas, para ver un poco cuál era el análisis sociopolítico que él tenía de la situación en América Latina, y eso rayaría fundamentalmente en Ellacuría la gran finura analítica que él tenía como analista sociopolítico, unida a una fuerte ejemplaridad moral, es decir, que Ellacuría era un hombre que lograba conectar los principios ético-políticos que le venían de su tradición cristiana, con un análisis muy meditado de las situaciones específicas, de los componentes estratégicos, y eso quizás es lo más impresionante de su figura. Sí, precisamente sobre el Congreso al que te has referido, que organizó el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en La Rábida, en el que, como sabes, yo también participé, pues podemos hablar, si no, en este programa, quizá en el próximo.

Mi impresión, un poco, de Ignacio Ellacuría es, en gran medida, similar, y yo creo que todo el mundo que le ha conocido, pues, por lo menos estos rasgos los destaca, ¿no?, que no solamente era un hombre de una capacidad de análisis muy penetrante, sino que además era un hombre enormemente pregnante, quizá transmitía un enorme valor de verdad a lo que decía. Había un cámara de televisión que, una vez, comentaba que Ellacuría se comía la pantalla, no por afán de protagonismo, sino porque el cámara se iba detrás de él, precisamente por ese valor de verdad, esa pregnancia que daba a sus contenidos, y yo recuerdo que el primer seminario que hice con él fue un seminario de Teología Política, precisamente, bueno, en condiciones muy distintas a las actuales, porque era en las condiciones del franquismo tardío, en donde los seminarios había que hacerlos semiclandestinos, recuerdo que una noche tuvimos que sustituir los libros que allí manejábamos por otros que eran más presentables, y gente de muy diversas tendencias, en donde, bueno, no importaba la creencia religiosa,

específicamente, porque la cuestión que se debatía era fundamentalmente política, estaba fuertemente impresionada por su capacidad de análisis, por su testimonio moral, y luego por la fuerza personal de lo que decía, yo creo que esto es, quizá, uno de los rasgos más relevantes a destacar en su figura, pero quizá pudiéramos pasar a analizar algunos de los aspectos de este último congreso que se realizó en la realidad. Yo antes de eso me gustaría, viendo las cosas que ha sacado la prensa sobre Ellacuría, ha sacado muchos artículos, comentarios, imagino que en el futuro saldrán más, de sobre todo, más bien, hasta el momento, de periodistas que le han conocido en la Universidad Centroamericana, que han estado hablando con él de los problemas de El Salvador, de Nicaragua, de Centroamérica, pero a mí me ha llamado especialmente la atención una carta publicada en el Diario del País por un antiguo consejero español en la embajada en el Tegucigalpa, donde, bueno, insiste un poco en la personalidad, no sólo de Ellacuría, sino de estos hombres que han sido asesinados, y que a mí me parece que responde mucho a lo que es la vivencia de toda una generación, o por lo menos la vivencia de toda una época de la cultura española, donde, bueno, pues hay mucha gente que tiene la experiencia de lo que fueron aquellos colegios de jesuitas de los años 50, de los años 60, que han sido retratados sobre los años 40, hay muchas películas sobre esos temas, donde, bueno, pues aparece lo que era aquel tipo de educación religiosa, más o menos rígida, y el contraste con la experiencia que él tuvo en el Tercer Mundo.

Si te parece, podríamos leer algunos de los elementos de la carta. Dice, fui a un colegio de jesuitas en Indauchu, donde los sacerdotes más viejos habían sido profesores de mi padre, y los más jóvenes sus compañeros de clase. Sin lugar a dudas, los peores años de mi vida.

Me libré de la expulsión un par de veces por ser hijo de antiguo alumno, pero al llegar a la universidad no valieron contemplaciones. O el régimen, o yo. Me echaron.

Creía yo que mi relación con los jesuitas estaba más o menos cerrada cuando una comisión en Tegucigalpa volvió a ponerme en contacto con ellos. Ah, sí, pero ni aquello era el Bilbao de los años 60, ni aquellos curas tenían nada que ver con los de Indauchu. Caray con los hijos de San Ignacio en el Nuevo Mundo.

Estaban allí donde hacían falta. Lo que más me admiraba, el coraje con el que se jugaba en la vida. A más de uno se le dijo, no ya que le iban a matar, sino hasta el cómo.

Un tiro en la nuca, la lengua cortada y los bolsillos llenos de cocaína para que los tomasen por traficantes. ¿Querían ustedes que se fueron? Ni hablar. A los campesinos también los mataron y ellos se sentían pueblo.

Tenían claro el ejemplo de Monseñor Romero. Al obispo también le advirtieron. Primero la Embajada Estadounidense en El Salvador, luego el Departamento de Estado, más tarde el propio Vaticano.

Mi puesto está allí, soy el pastor de Estagrey, así dijo. Y como a Beckett, los sicarios le mataron sobre el altar. La extrema derecha salvadoreña y los oficiales de Somoza.

Esa información pública. Han confesado su crimen frente a las cámaras de televisión americanas. A mí me parece que es muy interesante.

Esta primera parte es, si se quiere, más descriptiva de dos situaciones. Lo que él había vivido en el Bilbao de los 60, lo que más o menos todo el mundo conoce de cómo es la situación en estos países, el asesinato de Monseñor Romero. Pero lo que me parece más interesante es la segunda parte de la carta, donde especifica cómo era la psicología de estas personas.

Por eso dice, ojo, que no les estoy hablando de héroes de Hollywood. Yo he compartido la intimidad de esos hombres ejemplares y doy fe que está poblada de insomnios y úlceras y a veces hasta de un par de copas de más. Claro, ¿qué creen ustedes que se debe sentir cuando un tipo que ya ha matado a tres campesinos impunemente va, te mira a los ojos y te dice tú serás el próximo? Yo he visto a uno de sus curas líbido y en los huesos llegar a España y en la tranquilidad de su familia engordar 18 kilos en tres meses.

Tienen miedo, sí, y atroz, pero lo vencen. Por eso son gente admirable. A pesar de todo, mi relación con la orden es atormentada y un día a uno de ellos, cuando se iba por la escalera de la embajada, le dije desde mi despacho, vosotros me echasteis de deusto, yo sin embargo os pago a la cristiana, bien por mal.

Fue un golpe bajo, una indignidad, una idioté de niño mimado. La mirada de estupor y de pena de aquel jesuita todavía me hiere. Era profesor de la UCA, creo que uno de los supervivientes.

Le pido pública y humildemente perdón. Tuve un breve contacto pistolar con el padre Yacuría, luego y sus conferencias en Madrid. ¿Qué decir frente a su cadáver y al de sus compañeros? A los soldados caídos en combate no se los honra, se los vela y se los llora, se los vela y se los honra.

A mí no se me ocurre cómo hacerlo desde aquí, tan lejos, sino de esta humilde manera, confesar públicamente mi parte de culpa porque continúa el genocidio, pasar este domingo escuchando la pasión según San Mateo en memoria de su sacrificio y recordarlos como el texto recuerda Jesús. En ti hundiría mi corazón, sólo tú serás para mí, más que el cielo y la tierra. José Antonio Zorrilla, ex consejero de la Embajada de España en Tegucigalpa, Milán, Italia.

Bueno, es una carta indudablemente impresionante del testimonio, bueno, pues de un antiguo alumno de los jesuitas que después ve otra cara, que es la que solían presentar estos hombres, los teólogos de la liberación, que, bueno, han despertado a pesar de todo muchas discusiones en nuestro país, quizá pudiéramos dedicar una parte del programa, antes de analizar ese congreso al que nos referíamos, a las discusiones que han despertado entre nosotros, discusiones que han sido públicas porque en el programa La Clave al que tú te referías, pues uno de los interlocutores fue el profesor Gustavo Bueno, en donde, con respeto indudablemente a la heroicidad que suponían estos hombres y, por otra parte, con un derecho legítimo a no compartir sus posturas de cosmovisión o posturas religiosas, sin embargo, venía a aludir que, de alguna manera, aquello no era liberación, por mucho que se dijera, en cuanto

que nos introducía siempre una y otra vez en la gran dependencia del otro. Y en esa tesis, precisamente al volver del Congreso de las Rávidas, yo recuerdo que en El Tren, Fernando Sabater publicó un artículo que era El Cantar de los Cantares, que en el contexto venía a querer decir algo así como El Cuento de Nunca Acabar, en donde decía que, bueno, respetando la figura personal de los teólogos de la liberación, de liberación nada, porque no se introducía en la gran esclavitud de la heteronomía. Yo no sé si ese es un juicio precisamente objetivo, o si es que se puede hablar de objetividad en estas cosas, o es un juicio que respeta la labor que esta gente ha hecho, ¿no?, porque a mí me parece que, precisamente, ellos se han destacado por un análisis muy matizado de las cuestiones morales y políticas, y que, independientemente de que se compartan sus posturas religiosas o no, me parece que han penetrado con una enorme finura en cuestiones que están muy en la discusión actual, como por ejemplo la tensión beberiana entre la ética y la convicción y de la responsabilidad, en si la ética tiene que ver con la política, en cómo se puede llevar una cuestión política frente a una situación de violencia institucionalizada.

Creo que algunas de estas cuestiones las podemos ver, porque además el propio Yacuría, en uno de los artículos de este congreso, ha planteado su modelo. Yo creo que ha habido más reacciones. Desde luego, esas dos fueron muy significativas, ¿no? La de Sabater, que lo primero que se tienen que liberar es de la propia teología, o la de Gustavo Bueno, de que parten de una dogmática inconsistente.

De todas formas, Gustavo Bueno, en su libro reciente sobre las cuestiones colibetales sobre Dios y la religión, dedica un capítulo específico a la teología de la liberación, al que podíamos hacer referencia otro día al comentar este libro. Pero a mí me parece que también ha habido otras, por ejemplo la de Quintanilla, donde insistía en que el socialismo del futuro no deberá nada a los profetas, no tendrá nada que pedir a los profetas, y sin embargo, por contrario, la de Paco Fernández Buey, que decía que el diálogo cristiano-marxista de los años 60 a él no le había interesado, y sin embargo, posiciones como las actuales de la teología de la liberación era lo que verdaderamente le interesaba para un debate. Es decir, yo creo que hay perspectivas muy distintas según si insista en unos elementos o en otros.

Es decir, el que parte de un supuesto de que en el marxismo es inesorable como definición la ontología materialista, entonces siempre el supuesto de que se parte evidentemente lleva a la siguiente conclusión. Todo lo que sea, además de acciones más o menos liberadoras o heroicas, a plantear, a partir, a suponer lo que se viene a denominar una dogmática inconsistente, es evidentemente un movimiento errado, un movimiento viciado, es un movimiento que es preferible evitar. Es decir, aunque ahí al final del capítulo Gustavo Bueno llega en un momento determinado a decir, pero casi sí, la única manera de mantener ese fuego y esa pasión revolucionaria es esa que sigan, pero es preferible que la abandonen cuanto antes.

Eso sería lo que veremos después en el análisis de Yacuría, uno de los modelos que es el modelo de anulación de la tensión entre la dimensión ético-religiosa y la dimensión pública. La

de Sabatero es una posición distinta, es una posición que aparte de un individualismo mucho más hedonista, mucho más burgués, mucho más afincado en este tipo de sociedades y donde, bueno, pues ahí más o menos de una manera simplista, sin entrar directamente en la problemática de América Latina, sin ver exactamente lo que ellos dicen, haciéndose eco de lo que supuestamente dicen, pues se parte de que, bueno, pues mientras se siga manteniendo esas posiciones, allí no generará más que niveles de subordinación, de dependencia, etcétera. También lo que me parece más interesante es, quizá la polémica a pesar de todo Quintanilla o Fernández Bueyo, los dos apuntes, ¿por qué? Hombre, porque ahí sí que se ve, depende desde una perspectiva de izquierda cómo se interpretan hoy los retos a los que nos enfrentamos.

Si son retos puramente dentro de Europa, retos puramente eurocéntricos, si son retos puramente en relación a lo que está pasando en Europa del Este y cómo eso va a influir en la Europa capitalista o si nos planteamos el problema de la diferencia norte-sur. Si nos planteamos el problema de la diferencia norte-sur, hay que hablar de América Latina. Si hay que hablar de América Latina, hay que situar todos nuestros conceptos en ese contexto.

¿Qué quiere decir en ese contexto revolución, violencia, democracia, ética, política, moral, actuación? Eso es lo que hay que plantearse. Yo creo que en ese sentido, el libro del que comentamos Implicaciones sociales y políticas de la Teología de la Liberación, las ponencias de Yacuría son verdaderamente, no ya relevantes, sino verdaderamente de una penetración sobre estos temas tremendas. Porque, claro, ¿cómo plantea la tensión? Él plantea que hay, al menos, varios modelos posibles de relación.

Un modelo es donde lo que se produce es un elemento que viene a denominar de moralismo ingenuo, que dice, bueno, mire usted, ya solamente desde los supuestos de la fe, solamente desde los supuestos evangélicos, solamente logrando la conversión de los corazones, lograremos que se transforme el mundo en el que estamos, solamente con lo que los hombres se conviertan y salgan del pecado, la injusticia desaparecerá. Es poco parecido a lo que era la crítica de Marx al socialismo utópico y a las perspectivas puramente de conversión de los corazones sin tocar las estructuras. Frente a eso, sin embargo, señala Yacuría con gran lucidez que hay otra posición, que es la contraria.

También se basa básicamente en la propia nivel de fe, pero entonces dice, la opción por los que sufren, por los humillados, por los ofendidos, por los pobres, lleva lo que él denomina un elemento de fanatismo en ocasiones y de simplismo mesiánico. ¿En qué se basa? En que sólo cuando por fin se logre destronar a los ricos y los pobres triunfen, podremos hablar de liberación. Esa posición puede llevar en un momento determinado a decir, todo o nada, patria o muerte, es decir, una cosa.

Nada de componentes, nada de mediaciones, lleva a lo que han sido también la enorme fuerza que han tenido los mesianismos, pero a la vez la enorme conexión que los mesianismos en ocasiones han tenido con los fanatismos. Pero fíjate tú que en relación a lo que me decías de Gustavo I hay una tercera posición, que es lo que él denomina el reduccionismo, que es la

persona que le ha servido esto de la religión. ¿Cuánta gente está en esa posición? Yo mismo me reconozco en esa posición, aunque respeto otras, es decir, que desde un origen cristiano pues eso le sirvió, digamos, como un incentivo para entrar en una alternativa política, pero una vez que ya entró en la alternativa política, va disolviéndose todo el elemento específicamente religioso, se van elementos de análisis científico-sociales de la realidad social, se va a buscar estrategias concretas, a insertarse en formas de organización política eficaces y desaparece el elemento.

Esto es un lo que le agradaría a todos los que dicen, está muy bien que tengan ese fervor, pero desaparezca la dogmática. Y entonces queda una última posición, que es la que yo creo que debemos dedicar, no ya los minutos que nos quedan, sino en parte el próximo programa, que es lo que él llama el equilibrio, la tensión, donde por un lado la persona que parte de unos supuestos éticos, de ahí la enorme importancia de lo que dices, de la ética de principios o la ética de convicciones, se da cuenta de que tiene que medir, lo que llamaríamos en el lenguaje marxista, la correlación de fuerzas, las consecuencias, los espacios, las secuencias temporales, y viendo qué se puede hacer en cada momento, y hay textos muy interesantes de Yacuría sobre eso, pero es un gran fino análisis político, pero a la vez el equilibrio no es sólo medir principios con consecuencias, sino medir una actividad de análisis política con una actividad de incentivación de lo que él consideraba la simbología religiosa, no como algo que estuvo al origen de nuestra… pero que después abandonamos cuando fuimos al seguro camino de la ciencia o a la adultez política, ni como algo que por sí mismo baste, sino algo que tiene que entrar en tensión con la estrategia política, hombre yo creo que desde ese punto de vista si se va directamente a los textos, no si se habla por hablar sin saber lo que dicen, hombre la cosa refleja una cosa de una enorme penetración en nivel de análisis estratégico, de una enorme penetración ético-política, pero a la vez de cómo se juegan las simbologías religiosas y la praxis política de una forma distinta como es la habitual, entonces yo creo que no estamos ni en modelos de moralismos abstractos, ni de ingenuidades políticas, ni de simplismos mesiánicos, sino ante un esfuerzo muy grande por intentar mediar lo ético y lo político, lo religioso y lo histórico. Pues bien, yo creo que sobre estos aspectos precisamente y concentrándonos más en los textos a los que aludías, podemos dedicar el próximo programa, una vez que hemos visto más en sus caracteres generales una especie de semblanza de quién era Ignacio de Acuría, dedicarnos más a analizar estos textos.

Buenas noches, gracias y hasta el próximo programa. Bueno, pues esto ha sido todo en este primer programa homenaje, el primer programa de este nuevo año que hemos dedicado a la figura de Ignacio y Acuría. Agradecemos a Carlos Gómez y Antonio Garcías, antes más su presencia y sus comentarios, y a vosotros os recordamos que el próximo miércoles estaremos aquí de nuevo, a la misma hora, para continuar hablando de Ignacio y Acuría.

Y por nuestra parte, pues nada más, ahora os dejamos ya con el curso de acceso.